

ñores feudales, seguidos de sus milicias feudatarias á perturbar y muchas veces á someter la eclesiástica ciudad de los Pontífices. A su vez, los patricios y los caballeros romanos poseídos de grande amor á las antiguas instituciones republicanas, creían desacato á Cristo el que su vicario tuviese un título de monarca, y pugnaban por el restablecimiento y por el honor de la vieja llorada Roma. Por su lado los grandes príncipes eclesiásticos, que recababan autoridad á medida que la perdía el Pontífice y que perdían autoridad á medida que el Pontífice la recababa, coligábanse con frecuencia contra los papas y pedían apoyo, unas veces á los reyes de las naciones vecinas, otras á los señores de las vecinas comarcas, cuando no á los idólatras y á los bárbaros. La ley general producía esas anárquicas instituciones feudales, que levantaban al vecino contra el vecino y al hermano contra el hermano, que hacían de cada colina una fortaleza y de cada campo antiguo del trabajo un campo de batalla, derramando á torrentes la sangre y estableciendo como principio general la guerra. Esta ley durísima de aquellos tiempos, pesaba con inmensa pesadumbre también sobre la cerviz augusta de los papas y perturbaba su ministerio religioso y sus trascendentales destinos históricos. Cásase la pluma de escribir y la atención de estudiar todas las desventuras sobrevenidas á los Pontífices en estos siglos de hierro. Apenas existe un Papa que no haya probado el cáliz de todas las amarguras, como ningún otro Rey de la tierra, como el último príncipe de las últimas dinastías conocidas en la Historia. Sesenta papas pueden contarse entre aquel que puso la corona imperial en el primer año del siglo noveno sobre la cabeza de Carlo-Magno, y aquel que tuvo allá en el siglo undécimo al pie de la escalera de su palacio de Canosa al Imperio, vestido de sayal y de cilicio, pidiéndole á voces la penitencia y el perdón; y la historia de casi todos está manchada de sangre y arranca al lector lágrimas ó de indignación ó de piedad, como si en vez de sacerdotes, ministros espirituales del Señor, jefes de la Iglesia, fueran los nobles feudales, pintados por la adivinación del genio en los infiernos de la Edad Media con la propia cabeza en sus manos. León III, á pesar de tener la sombra augusta del poder de Carlo-Magno sobre su tiara, es arrastrado por las calles de Roma y se ve en trance de que le arranquen los ojos sus propios insurrectos vasallos. Esteban III tiene que dar descargos, por haber aplicado pena de muerte á los rebeldes, ante un tribunal superior á él, como si en vez de pertenecer á la categoría de los soberanos, perteneciese á la categoría de los asesinos. Pascual I sufre la ignomia de que Lotario envíe sus jueces para requerirle y para castigarle, como á cualquiera de sus feudatarios. Sergio II muere nublada la inteligencia de sombras y angustiado el corazón de acerbísimos dolores, porque los sarracenos saquean las criptas áureas de San Pedro y San Pablo y arrojan al Tiber los restos sacratísimos y las venerandas reliquias de los dos sublimes apóstoles. Nicolás I sufre la invasión armada de la Santa Basílica del Vaticano por los secuaces de dos obispos alemanes depuestos, quienes arrojan sus protestas llenas de injurias sobre el ara misma del altar mayor; y apura los

mismos dolores que el Papa precedente, viendo, no ya los árabes, los soldados de Luis II alzado al trono para defenderle y ampararle, profanando la Ciudad Santa y destruyendo sus más renombrados monasterios. Benedicto III detuvo toda suerté de injurias, pues profanas manos cogen sus vestiduras pontificias, y le arrastran del trono al suelo en su propia vivienda, mientras un competidor suyo, el iconoclasta cardenal Atanasio, se asienta dentro de la Basílica, rodeado de todo un ejército, sobre la Sede pontificia, después de haber querido borrar en los altares la imagen de Cristo y de María. Aún no acababa de subir al solio Adriano II, y ya Lamberto, duque de Espoleto, lleva á sus pies todas las ráfagas cargadas de fuego y sangre que componían la inmensa tromba de las feudales guerras. Juan VIII sufre hambre en prisión, guardada por tropas insurrectas, y para recobrar su libertad y conseguir algún seguro, vese obligado á refugiarse en Francia. Por la fuerza llegó al trono Bonifacio VI, y á los quince días expiraba entre los mayores dolores y las mayores pugnas. Esteban VI, subía á su vez sobre las armas de las tropas feudales de Espoleto. Y en seguida constituyó un sínodo para juzgar á un Papa muerto, el Papa Formoso quien fué conjurado y citado á comparecer como si de un vivo se tratara. Su cadáver, sacado de la tumba, y vestido con vestiduras pontificias fué puesto en el trono, cual si pudiera oír las arengas de sus acusadores y las sentencias de sus jueces, quienes profanaban la eternidad profanando los sepulcros, y asumían las jurisdicciones de Dios juzgando á un muerto, ya presente allá en la transmudana justicia. Un abogado del Papa Esteban se levantó delante de aquella momia, para dirigirle toda suerte de cargos y denostarle y befarle con toda suerte de ignominias. Un pobre diácono, de pie junto al cadáver, obligado á sostenerle para que no se le viniese á tierra, y más muerto que el muerto, sudoroso, balbuciente, trémulo, sin modo alguno de coordinar los palabras ni recordar las ideas, desempeñaba función de obligado defensor. El rencoroso Esteban VI levantaba demente hacia su mudo predecesor los brazos amenazadores, y le dirigía con voz ronca é iracunda todas las interrogaciones que le pasaban por las desvencijadas mientes. El cadáver no se avergonzó; el cadáver no palpité; el cadáver no se estremeció, guardando en su frialdad la grandeza de la muerte y los secretos del sepulcro. Arrancáronle, pues, las vestiduras pontificias repuestas sólo para procurar este horrible ultraje; depusieronle por violencia del trono donde yacía inerte; cortáronle los tres dedos con que bendijera tantas veces al pueblo; dieronle como pasto á las feroces muchedumbres que le escupieron toda suerte de blasfemias; y arrojáronlo al Tiber, el cual, más justo que la conciencia de aquellos sacerdotes, y más sensible que el corazón de aquellos pueblos, salió de madre y arrojó el muerto desfigurado como un remordimiento vivo al pie del mismo palacio de Letrán. La violencia engendra la violencia. Muy airada Roma sublevóse contra Esteban VI, y desacatándole y prendiéndole, matóle á golpes como á una fiera en su propia prisión. Cuatro meses vivió su sucesor, que se llamó Romano; y veinte días el sucesor de Romano, que se llamó Teodoro. Juan IX tuvo que

maldecir y excomulgar á los profanadores del cadáver de Formoso; y tuvo que demandar la presencia de legados imperiales en la consagración de los Papas, á fin de impedir por el terror de las armas los desacatos al Pontífice y los tumultos del pueblo. De suerte que este siglo noveno, en cuyos primeros años se fundara el poder temporal de los Papas, trájoles tal cúmulo de guerras civiles, de sublevaciones armadas, de desacatos y blasfemias, de violencias increíbles y de intervenciones extrañas en sus asuntos propios, que parecía la corona temporal, unida con la tiara pontificia, una causa de irremediable debilidad y una cadena de triste servidumbre.

Los fundadores del Pontificado sintieron tantas contrariedades y pasaron por tantos trances como los fundadores del derecho. Víctimas los revolucionarios de su propia obra y víctimas los Papas de su propia grandeza, ¿quién osará decir que no han costado igual en el mundo, tan caros, el progreso como la estabilidad? Una matanza de franceses durante los conflictos revolucionarios nunca podrá compararse por su crueldad en una matanza de siervos ó soldados durante las guerras feudales. Y de tal fase del espíritu europeo no se libertó el Pontificado en Roma y por ende no se libertó de los crímenes anejos al período feudal. Ya lo hemos dicho. Mas, para cerciorarse de tal verdad, precisa ver otro aspecto capitalísimo de este mismo período. La irrupción de los normandos venidos del Norte y de los árabes venidos del Mediodía; las continuas amenazas por el Oriente de los misteriosos mongoles á Europa; los encuentros continuos entre griegos y eslavos determinaban defensas parciales, súbitas, fragmentadas, por no haber medio alguno de inteligencia entre los combatientes luchando cuerpo á cuerpo, ni de unidad en la táctica, en la estrategia, en la guerra, como por los tiempos, en que un Emperador de nombre, á la postre un general de veras, dirigía desde su respetable y temida sede, ó sea, desde Roma, el mundo entero. Nunca insistiremos en esto bastante para mostrar la repetición de los hechos históricos en toda época. Enseñoreado durante los siglos noveno y décimo de los Emperadores, de los Reyes, de todos los gobiernos, el feudalismo también se apoderó del Pontificado y del Pontífice, como para demostrar que las mayores y más elevadas instituciones no pueden respirar fuera del espíritu universal europeo, ni exentarse á las leyes universales del tiempo y de la Historia. Señores los caballeros feudales romanos del Pontífice, fueron señoras las mujeres de los caballeros, y por tanto reinas de los Papas. Nombres tan célebres, como el nombre de Teodora y el nombre de Marozia, no me dejarían, si otra cosa fuera, mentir. Los hombres de guerra, con sus instrumentos de matanza como los leones y tigres con sus uñas, metidos en el infierno de los combates; acostumbrados á medirlo todo por la fuerza y á resolverlo todo por la violencia, rendíanse fácilmente, después de luchar y reluchar y ciegos da odio, so la mirada y la sonrisa y la inspiración de una mujer, pues cuanto más fuerte veais al varón, tanto más debéis prometeros de él una sumisión al amor, buscando las pasiones humanas siempre, como buscan, su complemento en lo mismo



Lit. Felipe Gonzalez Rojas

TEODORA